

A quienes los dioses enloquecen

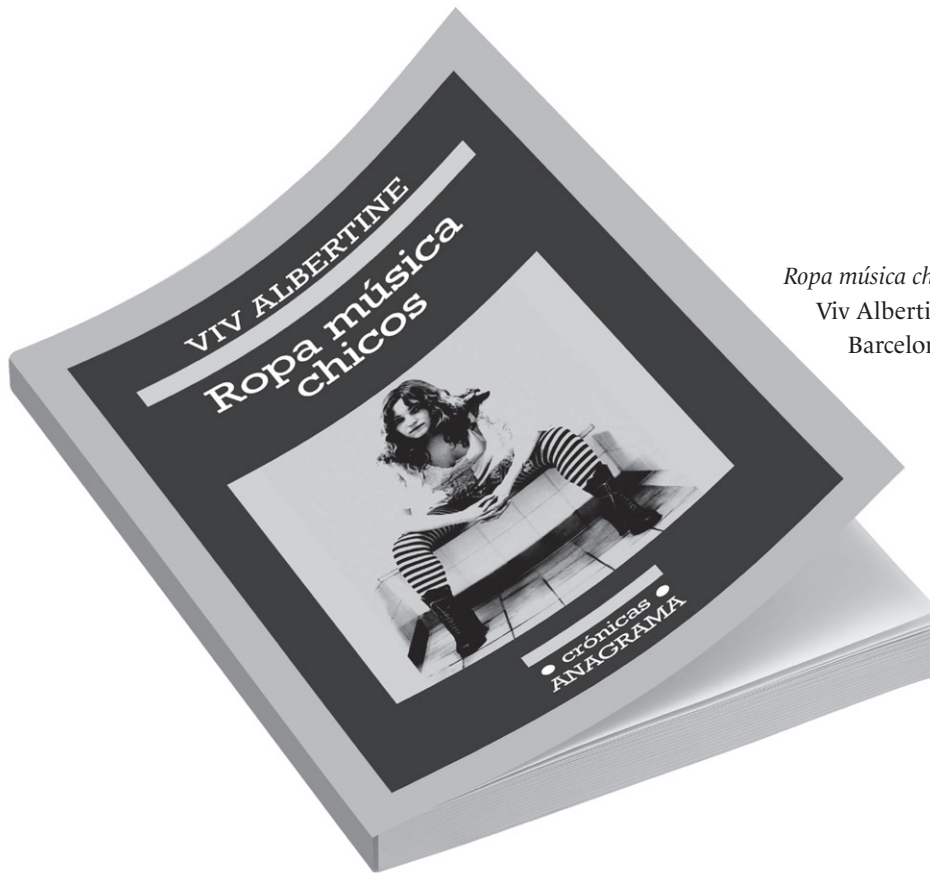
Rafael Toriz

POR VIVIR EN TIEMPOS DONDE LA INTIMIDAD de cualquier hijo de vecino obedece —aunque sobre todo simula— a la lógica del espectáculo, olvidamos que el género de la biografía —tan envilecido en el presente por la autoficción, los libros en primera persona y la sobre exposición del yo en diversas plataformas— solía tener una impronta única porque contaba la historia de personajes que por alguna razón particular merecían ser destacados del olvido de la historia o al menos de la banalidad constitutiva de la mayor parte de la especie. Hoy por hoy Instagram es el realismo social de nuestro tiempo, imágenes donde una mayoría enajenada cree encarnar la imagen de la felicidad y sobre todo cree en la necesidad de compartirlo.

Si bien toda vida encierra misterios y enseñanzas (no todos dignos de ser contados), hay existencias que han dado forma y contenido inigualable a la cultura popular, de ahí su merecida o inflada celebridad. Por ello, resulta neurálgico señalar que el libro de memorias *Ropa música chicos*, de Viv Albertine, es un testimonio desde las entrañas —contado por una mujer, cosa que siempre se agradece— del nacimiento de una de las sensibilidades más auténticas y potentes del siglo xx: el *punk rock* en Inglaterra.

Contada en primera persona por un testigo protagonista de un momento irrepetible, la efervescencia que describe la ubica no como una groupie, sino como una de las pocas personas que sobrevivió a una época de descubrimientos y tumultos que dio lugar a una música nueva y a una sensibilidad que, aun pese al estado del necrocapitalismo en el que vivimos, impacta y permance en el presente por auténtica y desgarrada, por decirlo con Henry Rollins.

Viv Albertine vivió en carne propia la emergencia de una escena de privilegio, no sólo como miembro fugaz de *The Flowers of Romance*, una banda que jamás tocó en vivo pero que sería mítica por el derrotero que tomarían cada uno de sus integrantes: Keith Levene, miembro de *The Clash* y luego de *Public Image Ltd.*; Palmolive y Viv Albertine, a su vez, fundarían *The Slits*; Sid Vicious es una de las figuras principales en el libro al igual que otra leyenda, Johnny Thunders, fundador de *New York Dolls* y posteriormente de *The Heartbreakers*.



Ropa música chicos

Viv Albertine

Barcelona, Anagrama, 2017, pp.524

A estas alturas de la extensa bibliografía sobre el *punk* y sus evangelios encuentro ocioso detenerme en el vasto anecdotario o la erudición hipermaníaca de uno de los momentos estelares de occidente: demasiada tinta ha corrido en torno a uno de los fanatismos más legítimos o, en todo caso, al único cuya estela constituye un beneficio para la sociedad en su conjunto. Por ello, prefiero referirme un pasaje específico del libro, estructurado con capítulos cortos y atractivos, donde se revela no sólo la importancia de la vestimenta como un código político interiorizado, sino también al corazón trémulo de la narradora, que estaba entregada de cuerpo y alma a un instante sin precedentes:

Me pongo un vestido negro de encaje muy ajustado que Sid me compró en un mercadillo de beneficencia. Como me quedaba un poco estrecho, Sid le abrió una raja en el costado (que ahora he cerrado con seguros) y una vez que ya lo llevaba puesto le arrancó un trozo de la parte de abajo, dejándolo muy corto y con el bajo deshilachado. Me pongo unos leotardos negros llenos de agujeros y las botas Dr. Martens... Johnny me cuenta que estuvo con Sid la noche anterior y que éste le dijo que cuando se reuniera conmigo hoy a las seis me echaría de *Flowers of Romance*. No. No puede ser verdad.

El detalle, que la desarma, la predispone para probar por primera vez heroína de mano de Thunders, que da muestra de un valemadrismo egoísta al inducir a la chica a los peligrosos

reinos del caballo por las razones equivocadas: “Siento una descarga que surge en los dedos de los pies y me sube por todo el cuerpo”. Miles de diminutas burbujas de amor y felicidad me invaden las venas. Después vomito”.

Tour de force sobre una época donde la furia legítima hizo un sonido que alimentó a un romanticismo degradado pero no por ello menos poderoso y elocuente. La figura a contraluz más atractiva y compleja en su fragilidad, además de la suya, es la de Sid Vicious, quien algo supo de los primeros misterios con que golpea la experiencia al adolescente que toma consciencia de su lugar en la vastedad del universo ante un mundo hipócrita y canalla:

Sid es un tipo difícil y suelta las frases como en ráfagas, como si le pareciera estúpido expresar una opinión propia pero, al no tener más remedio que hablar conmigo, se viese forzado a escupir las palabras. Me doy cuenta de que eso no significa que no sepa lo que quiere, sólo que le parece patético opinar categóricamente sobre lo que sea; ser inteligente significa ser capaz de abarcar todos los puntos de vista.

Testimonio incomparable de una época gloriosa, “memorias de aquellos tiempos en que fuimos pobres pero estuvimos vivos”, este libro puede resumirse en las valientes palabras de su autora, que alcanza a verse en perspectiva: “Estaba asustada, pero fue de todos modos”. 